Capítulo 9

Por qué el señor Capital corre riesgo de infarto

La indignación ante la inmoralidad de la especulación no es algo nuevo. En *El Dinero,* Zola se inspira en la quiebra del *Crédito inmobiliario* de 1864 y de la *Unión General* de 1890 para evocar "el misterio de las operaciones financieras": "Los cimbronazos periódicos son como enfermedades de la bolsa", y "la contagiosa locura de la danza de los millones". Evoca entonces el terror y la angustia que produce "afrontar el peligro diario de tener que pagar, con la certeza de no poder hacerlo". Evoca la "fiebre", el "frenesí", la "furia", la "locura" de la fatal carrera a las ganancias.

Esta pasión de "conquistar por conquistar" es, en el fondo, una consecuencia del aumento de la acumulación de activos. Los personajes de Zola tratan de "objetivar", de distinguir en el sistema los abusos y los excesos, como si fueran los gobernantes de hoy. Distinguen el buen capitalismo, portador de prosperidad, del capitalismo parasitario, que es como un tumor injertado en el cuerpo sano. Tratan de encontrar circunstancias atenuantes que justifiquen la especulación: "Sin especulación no hay negocio", "el sabio equilibrio de las transacciones cotidianas sería un desierto, o un pantano de aguas estancadas".

Zola, al igual que los comentaristas con patente de su tiempo, confiesa su perplejidad ante el "misterio de operaciones financieras que pocas inteligencias francesas son capaces de penetrar". Parece arrastrado por el vértigo de los derrumbes bursátiles, aunque estos sean una bagatela si los comparamos con las crisis globales de hoy: "Ya no había verdad, ni lógica, ¡la idea de valor se había pervertido hasta perder todo sentido real!". Los chanchullos de un Saccard son un juego de niños frente a los desfalcos globalizados de Bernard Madoff. En esos tiempos toda-

vía no se había inventado la *securitización*, el LBO («Leverage Buy-Out», apalancamiento financiero); *swaps**; *subprimes* y demás productos derivados.



* N. del T.: Un *swap:* contrato por el cual dos partes se comprometen a intercambiar una serie de flujos de dinero en una fecha futura. Dichos flujos pueden, en principio, ser función ya sea de los tipos de interés a corto plazo como del valor del índice bursátil o de cualquier otra variable.

Marx, contemporáneo de la era victoriana y del Segundo Imperio, época de la primera expansión bancaria, tuvo la osadía de ir más allá de las apariencias, traspasando la confusa superficie de las cosas para buscar en el corazón del sistema las razones de la sinrazón, la lógica de lo ilógico.

Sin embargo, cuando se disponía a emprender la gran tarea que es la *Crítica de la Economía política*, carecía de perspectiva histórica para percibir plenamente los ritmos de la economía y para desmontar sus mecanismos. Describiendo las crisis de 1815 dice que el mismo Ricardo "en el fondo no sabía nada sobre las crisis". Excusa que ya no tendrán sus sucesores: "los fenómenos siguientes y, en particular las crisis del mercado global, con una frecuencia casi regular, ya no les permiten negar los hechos, ni interpretarlos como algo accidental" (Marx, *Teorías sobre la plusvalía).*

EL CLAMOR DEL DINERO

"La crisis me tiene embrujado. Los precios bajan a diario. Manchester se hunde más y más cada día en la crisis", escribe Engels a Marx el 17 de diciembre de 1857. Su estado de excitación ante la propagación de la crisis americana de 1857 es contagioso. Así lo testimonian las notas febriles de los *Manuscritos de 1857-1858* (o *Grundrisse*), en las que la crisis se presenta con la metáfora de la locura, una locura que "domina la vida de los pueblos", y en la que se manifiestan plenamente las tendencias esquizoides del sistema capitalista. La unidad aparente de la mercancía se desdobla. Valor de uso y valor de mercado se disocian, comportándose cada uno de manera autónoma. Toda la economía se "aliena", se transforma en algo delirante, en una esfera autónoma e incontrolable. El vocabulario clínico-médico tiene aquí una aplicación que no es fortuita. "Al transcurrir las crisis, cuando el momento de pánico haya pasado y la industria se estanque, el dinero se quedará pegado en las manos de los banqueros y de los agentes de cambio. Así como el ciervo bra-

ma por las fuentes de agua fresca, el dinero clama por un sector en el que lo valoren como capital."

El capital desvalorizado es como el retorno de lo que se había olvidado. La superproducción es como la vuelta del que se había ido. Como "el recuerdo repentino de todos los momentos necesarios de la producción fundada en el capital". La crisis recuerda a la burbuja o esfera financiera que no está levitando, alejada de lo que llamamos hoy, curiosamente, la "economía real".

La condición de posibilidad de las crisis se inscribe en la duplicidad de la mercancía. La mercancía también lleva una vida doble, como todo buen burgués. Por un lado, la mercancía es tiempo de trabajo abstracto (el tiempo socialmente necesario para su producción) materializado; por otro lado, es el resultado de un trabajo determinado. La mercancía "debe ser traducida primero a términos de tiempo de trabajo, es decir a algo que es cualitativamente distinto de ella", para medirse con otras categorías de trabajo. Esta doble vía conlleva, de modo permanente, el riesgo de la escisión: "Esta duplicidad debe progresar necesariamente hasta convertirse en diferencia; y la diferencia en oposición y contradicción entre la naturaleza particular de la mercancía, en cuanto producto (valor de uso) y en cuanto naturaleza universal (valor de cambio)".

Según Marx, la crisis de 1857 pone de manifiesto el divorcio entre el valor de uso y el valor de cambio del producto, expresado en dinero. Quien necesita un techo ya no tiene una medida común entre la utilidad del alojamiento y su precio en el mercado inmobiliario afiebrado por la especulación. Entonces puede ocurrir que la mercancía ya no pueda "entrar en ecuación con el dinero, que es su forma universal". Su "convertibilidad" corre peligro de cortarse. El capital tiene que dar un salto arriesgado para pasar de la forma de mercancía a la forma de dinero, y puede convertirse en un salto *mortal*.



Entonces brota la discordia entre producción y circulación. Compra y venta adquieren formas de existencia "espacial y temporalmente distintas e independientes entre sí": "cesa su inmediata identidad". La crisis expresa este malestar identitario. La búsqueda de la identidad perdida se dispara hacia adelante, se da una seguidilla de separaciones dolorosas y de reencuentros efímeros donde, como dice la letra de "El torbellino"*, venta y compra se separan y se reencuentran sin cesar: "pueden o no co-

* N. del T.: Referencia a la película *"Jules et Jim"* de François Truffaut (1962), en la que Jeanne Moreau interpreta la canción "Le tourbillon" cuya letra dice: *"Nos conocimos, nos reconocimos. Nos perdimos de vista, y nos volvimos a perder"*.

rresponderse; pueden coincidir o no; su relación estará marcada por la desproporción. Ciertamente buscarán constantemente igualarse, pero ahora el movimiento continuo de igualación reemplaza la igualdad inmediata anterior. Esta igualización postula de continuo una base de desigualdad". El "germen de las crisis" está presente pues en el dinero en cuanto "valor devenido autónomo", "forma de existencia devenida autónoma del valor de cambio"[1]. Esta autonomía engendra la ilusión de que el dinero pueda acrecentarse en el circuito del crédito sin ser fecundado a su paso por el proceso de producción.

Pero esta escisión no viene sola. La partición del intercambio en actos independientes de compra y de venta se refleja en la división entre capital industrial, comercial y bancario: "el intercambio en sí, por intercambiar, se separa del intercambio de mercancías". Marx entrevé, entonces, el orden complejo de las arritmias del capital. Hasta aquí sólo hemos puesto en evidencia la mutua indiferencia de los momentos singulares del proceso de valorización; ya sea que se condicionen dentro del proceso o que se busquen fuera de él.

Se encontrarán entre sí, coincidirán entre sí, se corresponderán o no unos con otros. La necesidad interna de lo que, formando un todo, existe al mismo tiempo de modo autónomo e indiferente, constituye ya el légamo de las contradicciones. Pero aún estamos lejos de haber concluido. La contradicción que opone producción y valorización –cuya unidad está dada en el capital– debe ser aprehendida de modo más inmanente como una manifestación de indiferencia o de aparente independencia de los distintos momentos singulares del proceso, o más exactamente, de la totalidad de varios procesos que se oponen"[2].

La división se extiende. En el orden desacorde de la producción mercantil, que chirría y se tranca por todos lados, el valor de las cosas es distinto de su sustancia útil. Ya no se oyen más que los gemidos, estertores y lamentos de un cuerpo desarticulado: "La crisis manifiesta la unidad de los momentos de autonomía entre sí. No habría crisis sin esta unidad interna de elementos aparentemente indiferentes entre sí. Es la puesta en

marcha violenta del único proceso de producción, con sus fases autónomas. Se trata de forzar la unión de los distintos momentos autónomos con los otros momentos con los que forman un proceso"[3]. El orden del capital –pero no la armonía social–, queda restablecido por la violencia y la fuerza. Esto es lo que se obstinan en negar los economistas que siguen apegados a la "unidad esencial", ignorando lo que convierte los elementos del proceso de producción en conjunto en extraños y hostiles entre sí, hasta que explota.

DESEQUILIBRIO LÓGICO

Marx retoma y desarrolla en las *Teorías sobre la plusvalía* el análisis de las crisis y de su recurrencia, iniciado en los *Grundrisse*. Le opone las teorías del equilibrio, inspiradas en el "insípido Jean Baptiste Say", según las cuales la superproducción sería imposible en razón de una inmediata identidad entre demanda y oferta.

El principio según el cual "se cambian productos por productos" garantizaría un "equilibrio metafísico entre vendedores y compradores". Ricardo toma de Say la fábula según la cual "sólo se produce para vender o consumir; y sólo se vende para comprar otra mercancía que pueda ser útil". Al producir, "necesariamente cada uno se hace consumidor de su propia mercancía, o comprador y consumidor de las mercancías de otro". De modo que el círculo se cierra perfectamente, y el equilibrio entre venta y compra, oferta y demanda, queda asegurado.

La disfunción sólo puede provenir de un defecto de información relacionado con la creciente complejidad del mercado. Ricardo lo considera, y enseguida se tranquiliza: "Que el productor permanezca durante un largo tiempo mal informado sobre las mercancías que puede producir con los máximos beneficios, y que produzca mercáncías para las que no hay mercado, es bastante impensable. En definitiva, el mercado sería un perfecto comunicador. Más cercano a nosotros, Friedrich Hayek sostuvo es-

te mismo argumento liberal en favor de la competencia libre y no falseada, tan apreciada por los arquitectos de la Unión europea. La privatización de la información financiera y la invención de productos financieros cada vez más sofisticados que oscurecen el mensaje avalan este mito.

Ricardo, por su parte, podía creer en la imparcialidad y fiabilidad de comunicación del mercado. Éste se comunica en tiempo real o a mediano o a largo plazo, o a *posteriori*. ¿Y mientras tanto qué? Mientras tanto, el desajuste entre ventas y compras permanece, y "la disyunción entre el proceso de producción inmediato y el proceso de circulación facilita la posibilidad de la crisis".

Esta posibilidad resulta del hecho de que las formas que recorre el capital en el ciclo de sus metamorfosis (pasa de dinero A, a medios de producción P, de medios de producción a mercancías M, de mercancía a dinero) "pueden estar y están separadas", "no coinciden en el tiempo y el espacio".

A fortiori pasa esto con la globalización: el capitalista individual considera el salario como un puro costo de producción, desde el momento que el consumidor compra productos de importación y desde que sus propios productos han sido consumidos en un mercado lejano. El llamado círculo virtuoso entre producción y consumo, venta y compra, se ha quebrado.

La separación entre venta y compra distingue a la economía capitalista de la economía de trueque, en la que "nadie puede ser vendedor sin ser comprador" (y al revés), en la que el grueso de la producción se orienta directamente a la satisfacción de las necesidades inmediatas. "En la producción mercantil, en cambio, desaparece la producción inmediata."

Ya no se produce más por necesidad, sino por obtener una ganancia. Ganancia que no busca atender la necesidad social, sino la demanda solvente. Pues si no hay venta, sobreviene la crisis.

En la producción mercantil, para realizar la plusvalía que lleva incorporada, "la mercancía tiene que transformarse necesariamente en dinero; en tanto que el dinero no tiene por qué, ni necesaria, ni inmediatamente, convertirse en mercancía".

Por este motivo la venta se puede disociar de la compra. En su forma primera "la crisis es la metamorfosis de la misma mercancía, separación de la compra y de la venta"; en su forma segunda, la crisis es función del dinero en tanto que medio de pago devenido autónomo, "el dinero aparece, en dos momentos temporalmente distintos, en dos funciones diferentes", como simple equivalencia general entre mercancía y capital acumulado.

Esta autonomía del dinero se prolonga en la separación que hay entre el beneficio de empresa y el capital a interés. Así termina de "dar a la forma de la plusvalía una existencia autónoma, forma esclerotizada con relación a la sustancia. Una parte de la ganancia, por oposición a la otra, se despega totalmente de la relación capitalista como tal, y parece derivarse del trabajo del mismo capitalista y no de la explotación del trabajo salariado del obrero.

Por oposición, el interés parece tener en el capital su propia fuente autónoma, independiente tanto del trabajo salariado del obrero como del trabajo del capitalista.

El capital aparecía primitivamente como un muñeco mágico, como *fetiche* capitalista, en la superficie de la circulación, como valor creador de valor; aquí reaparece como capital que da intereses, bajo su forma más alienada y característica[4]". Este prodigio del capital que es en sí mismo portador de interés, del dinero que parece crear dinero, sin recorrer el ciclo de las metamorfosis, sin pasar por el proceso de producción y circulación, es el grado supremo de fetichismo y de mistificación, cultivado por los economistas vulgares.

Para realizar la plusvalía, hay que vender. Y ocurre que la búsqueda de beneficios restringe los canales de circulación, comprimiendo los salarios –¡el poder de compra!– La autonomía del dinero permite sin embargo que, gracias a los prodigios del crédito, se pueda iniciar un nuevo ciclo de producción, y que una nueva ola de mercancías desembarque cuando aparentemente se agotó la anterior. Saturación del mercado. Superproducción. Sobreacumulación de capital. Son el revés y el derecho de un mismo fenómeno.

Los sucesores de Ricardo, dice Marx, han querido admitir la superproducción bajo la forma de "plétora o sobreabundancia del capital", pero la niegan bajo otra de sus formas: la de la superabundancia de mercancías en el mercado. Esta superproducción no tiene nada que ver, desde luego, con la atención de las necesidades sociales, que permanecen hondamente insatisfechas. "Sólo se relaciona con las necesidades solventes." No se trata pues de superproducción en sí, o absoluta, sino de una superproducción relativa a la lógica de la acumulación del capital.

EL CAPITALISMO LLEVA EN SÍ SU PROPIA CRISIS

En los *Manuscritos de 1857-1858*, la crisis interviene de modo triple.

- Empíricamente, a través de la recesión americana.
- Teóricamente, en cuanto la separación de compra y de venta crea las condiciones formales de su posibilidad.
- Metafóricamente, en cuanto locura y sufrimiento de la ruptura.

Pero la teoría que padecía aún con los tanteos del plan de conjunto de la *Crítica de la economía política,* toma cuerpo y coherencia en *El Capital.*

En el Libro I, sobre "el proceso de producción", Marx retoma la crítica de la ley clásica de los canales de circulación y del equilibrio: "nada más necio que el dogma según el cual la circulación implica necesariamente el equilibrio de las compras y de las ventas, teniendo en cuenta que toda venta es una compra, y viceversa". Lo que se pretende probar de esta manera "es que el vendedor lleva al mercado su propio comprador". Esta identidad inmediata bien que existía en el comercio de trueque, pero ha sido quebrada al generalizarse la producción mercantil y al alcanzar el dinero su propia autonomía en cuanto equivalente general.

Ya no se trata entonces de intercambios directos de un valor de uso por otro valor de uso, sino de mercancía contra dinero. La transacción se convierte en instancia de pausa o "instante intermedio en la vida de la mercancía que puede durar más o menos tiempo". La autonomía del dinero quiebra la perfecta simetría del intercambio. La vida de la mercancía, la sucesión de sus metamorfosis, depende de los deseos y caprichos de su potencial comprador, pero también de sus medios y de su solvencia propia. Ya sea en el puesto o en la vidriera, la mercancía contiene su aliento frente al dinero. Él, distante e indiferente, puede que quiera comprarla o dejarla, según su gusto y placer. Si el intervalo y la espera se eternizan, la mercancía que está esperando sin respirar corre peligro de asfixiarse. El desajuste entre el acto de compra y el de venta es pues un factor de desequilibrios dinámicos, y no de equilibrio.

El concepto de crisis interviene así por primera vez, no para evocar las crisis tal como se desarrollan concretamente, sino como consecuencia lógica del "lazo íntimo" y contradictorio entre los actos asimétricos y potencialmente contradictorios de compra y de venta. Reaparece más tarde en el capítulo sobre la "ley general de la acumulación capitalista"; allí se articula con la temporalidad propia del capital. La acumulación se presenta como "movimiento de expansión cuantitativa" que tiene por objeto, gracias a las innovaciones tecnológicas estimuladas por la competencia, el aumento de la productividad del trabajo y una economía de trabajo viviente, y por tanto, de empleo. Así, la producción puede seguir creciendo, aunque las salidas se reduzcan. A pesar de las apariencias, el factor determinante no reside en la misma tecnología, sino en los flujos y reflujos de la fuerza de trabajo empleada.

Marx aborda las condiciones de posibilidad de las crisis, su carácter recurrente y cíclico: "la conversión, siempre renovada, de una parte de la clase obrera, en brazo semidesocupado, o totalmente desocupado, imprime al movimiento de la industria moderna su forma típica. Así como los cuerpos celestes una vez que son puestos en órbita la recorren por tiempo indefinido, así tam-

bién la producción social, una vez puesta en el movimiento alternativo de contracción y de expansión, lo repite con necesidad mecánica. Los efectos hacen a su vez de causa, y las peripecias, antes irregulares y en apariencia accidentales, tomarán cada vez más la forma de periodicidad normal". Recién de esa época de mercado globalizado y de numerosas naciones industrializadas datan los ciclos "renacidos cuyos sucesivos impulsos abarcan años, y desembocan siempre en una crisis general, fin de un ciclo y principio de otro". El concepto de crisis se asocia al de los ciclos económicos característicos de la economía capitalista[5].

En el Libro II, sobre el "proceso de circulación", Marx señala el calvario de la mercancía en el proceso de circulación. Introduce las nuevas determinaciones de *capital fijo* y *capital circulante,* con sus desiguales ritmos de renovación. Y extrae las consecuencias de la discontinuidad que hay entre producción y circulación. La producción de masas puede proseguir, sometida a las constricciones de la acumulación por la carrera insaciable a las ganancias, sin que las mercancías producidas con ocasión del ciclo anterior hayan entrado realmente en el ciclo de consumo individual o productivo.

El cierre del círculo de metamorfosis del capital no está garantizado. Si fracasa, "llegan sucesivas olas de mercancías", cuando todavía las precedentes no han sido absorbidas por el mercado de consumo. Entonces se produce el paro. "Compras y ventas se congelan entre sí": Así "el proceso de producción en su totalidad se encuentra en su estado más floreciente, mientras que gran parte de las mercancías sólo entran en apariencia en el consumo, y como nadie las adquiere, se quedan en manos de los revendedores; y por tanto siguen de hecho en el mercado."

En el Libro III, sobre el "proceso de reproducción global", Marx muestra por fin cómo el capital cristaliza en capitales distintos –industrial, comercial, bancario–, disimulando la desproporción creciente entre producción expansiva y demanda real. Así, el estallido de la crisis puede diferirse gracias particularmente a los capitalistas financieros que transforman la ganancia obtenida en capital–dinero de préstamo: "de esto se sigue que la

acumulación de este capital, que es un retoño de la acumulación real, pero distinto de ella, aparece como acumulación propia de los mismos capitalistas financieros, banqueros, etc"[6].

La crisis no puede sin embargo retrasarse indefinidamente. El auge del crédito puede darle un nuevo plazo como ocurrió en los años 1990, cuando la desregulación financiera pudo dar la impresión de una "vuelta al crecimiento". Pero el capital no puede prosperar indefinidamente a base de créditos. La caída de las ventas o la quiebra a causa de la acumulación de créditos insolventes, termina enviando la señal de un sálvese quien pueda generalizado. Cuando por fin se comprende que la primera ola de mercancías ha sido absorbida por el mercado sólo en apariencia, o gracias a un crédito aventurero (capital de riesgo), entonces se produce la corrida: "Los capitales-mercancía se disputan un lugar en el mercado. Para vender, los últimos en llegar venden por debajo del precio, mientras no se liquidan los primeros stocks dentro de los plazos de pago. Quienes detentan los stocks se ven obligados a declararse insolventes, o a vender a cualquier precio para poder pagar. Esta venta no corresponde de ninguna manera al estado de la demanda, sólo corresponde a la necesidad de pago, a la absoluta necesidad de convertir la mercancía en dinero. Estalla la crisis"[7]. Exactamente eso es lo que ocurrió desde el principio de la crisis de 2008. Vimos a los concesionarios ofrecer dos autos por el precio de uno; a los promotores inmobiliarios ofrecer un auto como prima por la compra de un alojamiento. ¡Rebajas monstruo que salen a menos del 70% o 90% del precio de venta inicial!

La primera determinación de la crisis reside pues en la disyunción entre la esfera de la producción y la esfera de la circulación. La segunda reside en el desajuste entre el ritmo de rotación del capital fijo y el del capital circulante. El Libro III aún introduce una tercera determinación, que presupone e integra las dos precedentes: vincula la crisis con la "tendencia a bajar de la tasa de ganancia". En el capítulo que le fue consagrado, recapitula los "tres hechos principales de la producción capitalista": la concentración de los medios de producción en pocas manos; la organi-

zación del trabajo social y su división como trabajo cooperativo; y la constitución de un mercado mundial.

"La producción capitalista desarrolla una enorme fuerza productiva con relación a la población. Los valores-capital crecen mucho más rápido que la población. Este crecimiento se opone a la base para provecho de la cual se ejerce esta enorme fuerza productiva. La base disminuye cada vez más con relación al crecimiento de la riqueza. El crecimiento contradice además las condiciones de desarrollo del capital, que se infla sin interrupción. De ahí las crisis." De ahí las crisis, en efecto.

Detrás de la apariencia económica de la ley de la "baja tendencial" de la tasa de ganancia y de sus "contradicciones internas", se expresa en realidad el conjunto de las barreras sociales contra las que va a chocarse la acumulación del capital. Esta curiosa ley, cuyas contradicciones internas Marx expondrá en el capítulo siguiente, ha alimentado numerosas controversias. Parece imponerse efectivamente, a través de sus propias negaciones:

- el aumento del coeficiente de explotación –diferencia entre tiempo de trabajo suministrado gratis al empleador y tiempo de trabajo pago–, que tiene como objetivo la recuperación de la ganancia;
- la depredación imperialista que permite bajar la "composición orgánica del capital" –diferencia entre el capital destinado a la compra de locales, máquinas, etc., y el capital destinado a pagar salarios– por la explotación de la fuerza de trabajo barata y el bajo costo de las materias primas;
- la aceleración de la rotación del capital gracias a la publicidad, al crédito y al manejo de stocks para compensar la baja tasa de ganancia debida al aumento de su volumen;
- la intervención pública del Estado por medio del gasto público, de las ayudas fiscales y, especialmente, de los gastos en armamentos.

Ley bizarra ésta, que se contradice y opone a sí misma. Detrás de su apariencia estrictamente económica se expresan las barreras

sociales contra las que choca la lógica interna del capital. "La depreciación periódica del capital, que es un medio inmanente que tiene la producción capitalista para detener la tasa de ganancias y acelerar la acumulación de capital por la formación de capital nuevo, perturba las condiciones en las que se cumple o desarrolla el proceso de circulación y de reproducción del capital y, como consecuencia, va acompañada de interrupciones bruscas y de crisis en el proceso de producción." Cuando baja la tasa de ganancia (producto de la relación entre la plusvalía y el total del capital invertido), aumenta el volumen de capital que el capitalista debe tener para invertir. Se sigue una concentración de capitales que provoca una nueva disminución de la tasa de ganancia, en la medida en que se traduce en una mayor acumulación del capital constante. Amenazados de asfixia, los pequeños capitales dispersos quedan acorralados y son forzados a emprender el sendero de la aventura.

ECUACIÓN DE LA BAJA TENDENCIAL

$$\frac{pl}{c+v} = \frac{\frac{pl}{v}}{\frac{c}{v}+1}, \text{ con: } \frac{pl}{v} = \text{tasa de explotación,}$$

$$\text{y: } \frac{c}{v} = \text{composición orgánica del capital}$$

Cuanto más se acumula el trabajo muerto **c**, en detrimento del trabajo vivo **v** (más la "composición orgánica" del capital $\frac{c}{v}$ aumenta), más la tasa de ganancia $\frac{pl}{c+v}$ tiende a bajar.

Esta no es una ley mecánica o física, sino una "ley social", en caso de que se le pueda seguir aplicando el término ley. Su aplicación depende de muchas variables, de luchas inciertas, de relaciones de fuerzas sociales y políticas. Así, no deja de contrariarse a sí misma, suscitando *contra tendencias*:

- el aumento de la tasa de explotación $\frac{pl}{v}$ tiende a enderezar la tasa de ganancia ($\frac{pl}{c+v}$) sea por el alargamiento de la jornada (el tiempo) de trabajo, sea por aumento de su productividad, sea por compresión de salarios por debajo de la tasa de inflación, sea por amputación del salario indirecto (la protección social);
- los mecanismos de dominación imperialista contribuyen a bajar la composición orgánica ($\frac{c}{v}$) del capital, utilizando el trabajo barato y reduciendo el costo de una parte del capital constante por el escamoteo de materias primas;
- la aceleración de la rotación del capital compensa la baja de la tasa de ganancia por el aumento de volumen (del capital);
- la intervención económica del Estado sostiene la economía por medio del gasto público, gasto en armamentos, ayudas fiscales y "socialización de las pérdidas".

El aumento de la tasa de la plusvalía ($\frac{pl}{v}$) puede oponerse a la "baja tendencial" de varias maneras:

- por intensificación del trabajo (crecimiento de la plusvalía relativa);
- por aumento de la duración del trabajo (crecimiento de la plusvalía absoluta);
- por reducción del capital variable por la baja de los salarios directos o indirectos;
- por reducción del capital constante por la baja del costo de las materias primas, el ajuste de la producción, el stock 0...

Además, la caída de la tasa de ganancia no supone que disminuya automáticamente su propio volumen. Si el ritmo de rotación del capital se acelera, el segundo volumen puede seguir aumentando aún cuando el primero cae. Si llega a cerrarse el círculo cuatro veces al año en vez de una sola vez, el volumen de capital se multiplica por dos, aunque la tasa disminuya a la mitad. La

facilidad del crédito, el marketing, la publicidad, la gestión del gran consumo, la obsolescencia integral, la falsa novedad de la moda, contribuyen precisamente a acelerar esta rotación y a dar el sentimiento de una aceleración de la historia.

La extensión geográfica del terreno de la producción mercantil retrasa también los plazos de vencimiento de la crisis. La duplicación en veinte años de la fuerza de trabajo disponible en el mercado mundial de trabajo significa a la vez un aumento del capital variable y un aumento del grado de explotación, vista la vulnerabilidad social de esta mano de obra a menudo desprovista de los derechos del trabajador y de sus protecciones sociales.

Esta respuesta del capital a la erosión tendencial de la tasa de ganancia es el resorte oculto de lo que el sentido común llama "la globalización". Por tanto, las crisis no constituyen límites absolutos a la producción y al consumo de las riquezas sociales, sino contradicciones relativas de un modo de producción específico "correspondiente a una cierta época de desarrollo acotado a las condiciones materiales de producción".

No producimos demasiados bienes de consumo en relación con las necesidades de la gente, ni hay demasiados medios de producción con relación a la población que está en condiciones de trabajar, "pero periódicamente producimos demasiadas riqueza bajo formas capitalistas contradictorias". En el Libro III de *El Capital* la separación de la compra y de la venta, que constituye la condición formal de las crisis, se traduce concretamente por el hecho de que la capacidad de consumo solvente está en contradicción con la búsqueda de la máxima ganancia. Sin embargo, Marx nunca habla de una "crisis final". Demuestra cómo "la producción capitalista tiende sin cesar a superar las barreras inmanentes". Las crisis son pues inevitables, pero se pueden sobrellevar. El asunto es saber a qué precio y a hombros de quién, pero esto ya no pertenece a la economía política, sino a la lucha de clases y a los actores políticos.

CRISIS DE AYER Y DE HOY

Desde la época de Marx muchas cosas han cambiado: las técnicas de producción, las fuentes de energía, la organización del trabajo, la distribución, las formas de crédito y la globalización del mercado. Sin embargo, la lógica de la crisis que Marx analizó sigue siendo la misma: es la lógica que volvemos a encontrarnos en el escenario de la crisis actual. Crisis que estalla "en el gran comercio financiero y en los bancos", no en el comercio de minoristas. La crisis comienza en la esfera financiera "con un *crac* que pone bruscamente fin a la prosperidad aparente" para ganar luego lo que el periodismo común llama "economía real".

El capital comercial y bancario, que en un primer momento había contribuido a enmascarar la creciente desproporción entre producción y consumo, termina por constituir el eslabón más débil: "Este capital autónomo (comercial y bancario) es el movimiento del capital industrial en la esfera de la circulación. Sus movimientos son autónomos, dentro de ciertos límites, independientes de las barreras levantadas por el proceso de reproducción que él mismo impulsa más allá de sus propios límites. La dependencia interna y la autonomía exterior terminan por llevar las cosas hasta el punto en que la conexión interna debe ser restablecida por la violencia, es decir por la crisis"[8].

En los años 1970 la tasa de ganancia había quedado erosionada por los logros sociales del crecimiento del período de posguerra. La contrarreforma liberal de Margaret Thatcher y Ronald Reagan apuntaba a demoler esas conquistas: la indexación relativa de los salarios sobre las ganancias de la productividad, los sistemas de protección social, la tasa de desempleo moderada. Para imponer lo que Fédéric Lordon llama un "capitalismo de baja presión salarial". Reforma que apuntaba especialmente a modificar el reparto del impuesto al valor añadido en detrimento de los salarios, a aumentar la productividad bajando el costo de trabajo, a hacer saltar los cerrojos de la protección social, a hacer evolucionar las políticas fiscales en vigor para las grandes empresas y grandes rentas.

Entre 1980 y 2006, el porcentaje del salario afectado por el impuesto al valor añadido de las empresas disminuyó efectivamente del 67% al 57% para los quince países más ricos de la OCDE. De ahí resulta una reducción relativa de la demanda solvente, compensada por un desarrollo del crédito y de los gastos militares, y también una espectacular profundización de las desigualdades de los ingresos. El aspecto más clamoroso de estas desigualdades se ve en los salarios de los magnates opulentos y de algunos otros pocos excéntricos. Por chocante que pueda parecer esta desigualdad, no por ello es menos funcional: estimula el hiperconsumo de lujo de una casta que en parte compensa y equilibra la restricción del consumo de masas, aunque sin poder no obstante sustituirlo.

La relativa reducción de las salidas, a consecuencia de la ruptura del "círculo virtuoso" que vincula la evolución de los salarios con las mejoras en la productividad, se ha traducido, en efecto, en un enlentecimiento de las inversiones productivas. Al mismo tiempo, el capital disponible acumulado, en búsqueda de ganancias fáciles y rápidas, venía a inflar la burbuja de las inversiones financieras. Las rentas de las sociedades financieras que tenían un índice de 20 en 1960, alcazaban índices de 160 en 2006. Beodos por estas alzas, los bancos llegaron a prestar cuarenta veces más de lo que podían garantizar con sus propios fondos.

En los años 2000, en Estados Unidos, pero también en países como España, el crecimiento sostenido se debe al *boom* inmobiliario por créditos dopados librados a una clientela poco o nada solvente. Durante el verano de 2007, estos créditos que primero tenían tasas inicialmente bajas y variables, sin aportes ni garantías, prendados a una hipoteca sobre el bien comprado, han alcanzado una masa crítica de 1,3 billones de dólares en Estados Unidos. Entre 1975 y 2006, la tasa de endeudamiento de una familia se había duplicado, para alcanzar un 127% de la renta o ingreso disponible.

A este nivel, los prestamistas no sólo son incompetentes o irresponsables, sino que son criminales y estafadores profesionales que alientan a sabiendas el endeudamiento de los pobres in-

solventes, tratando de sacarse de encima sus créditos dudosos y sus intereses y de borrar sus trazas en la sombra de la securitización. Al final de este camino, millones de familias quedaron en la calle.

Otorguemos generosamente a algunos el beneficio de la duda. Supongamos que no hayan sido simples cínicos, sino que, encegueciclos por el sortilegio del ídolo monetarista hayan creído en lo imposible: en el milagro del dinero que se autoengendra sin pasar por la fecundación de la producción. La hipótesis es plausible ya que Jean Claude Trichet se asombraba en el *Financial Times* del 29 de enero de 2007: "En estos momentos hay tal creatividad en materia de nuevos y sofisticados instrumentos financieros, que ignoramos los riesgos que encierran". ¡Costosa creatividad! Alan Greenspan, el gurú de los años locos, confesaba con aire contrito, al ser sometido a un áspero interrogatorio por una Comisión de la Cámara de representantes de Estados Unidos, haber creído que el egoísmo de los bancos sería un regulador natural suficiente. "He cometido el error de presumir que el interés personal de los bancos los disponía mejor que nadie para proteger a sus accionistas". Y añadía el oráculo caído: "un pilar esencial del sistema de la economía de mercado acaba de caerse. Estoy perturbado; no entiendo cómo puede ocurrir una cosa así"[9]. Si él lo dice...

"Si se compara la especulación inglesa con el refinamiento de la especulación sobre el valor, parece que la inglesa se hubiese quedado en los niveles primitivos de la simple estafa", escribía Marx el 26 de septiembre de 1856. Con ocasión de la exposición universal de Londres, la construcción del *Cristal Palace* había visto, en efecto, ofertar en bolsa cuatromil falsas acciones. La especulación liberal de las últimas décadas ha llevado la simple estafa a nuevas cimas. El escándalo Madoff es el más visible. Exigiendo un *retour* del 15% o más de media para inversiones con un crecimiento tres veces menor, los accionistas, subyugados por el "pequeño fetiche del capitalismo" del "valor creador de valor" y el misterio del "interés que parece tener en el capital su propia fuente", no han sido menos ciegos que los banqueros. El prodigio era, sin embargo, más asombroso aún que la bíblica

multiplicación de los panes. La vorágine de este crecimiento fraudulento a crédito no podía durar indefinidamente. El estallido de la burbuja financiera, la caída de las Bolsas, la restricción del crédito: el ruido de cristales rotos termina de golpe con la ilusión.

Al llamar lo virtual al orden; lo real confirma la advertencia de Marx: en verdad, el movimiento del capital financiero, es el movimiento del capital industrial en la esfera de la circulación.

En contra de la fórmula según la cual la crisis financiera se propagaría contaminando la impropiamente llamada "economía real" (como si la esfera financiera fuese irreal), la crisis financiera manifiesta más bien una crisis latente real de superproducción, diferida durante demasiado tiempo por la aceleración incontrolada del crédito, que estalla ahora ante las narices en el sector de la construcción y del automóvil. Los vendedores, enloquecidos por temor a quedarse con las mercancías en sus brazos, bajan los precios, venden a pérdida. Pero con eso no basta. El Estado, ayer vilipendiado, se ha llamado al rescate como último garante y último recurso. El mito liberal de una pura regulación de los mercados y de una expansión ilimitada de la esfera financiera se hunde, con su corolario, la utopía de una "compañía *fabless*" (sin planta de producción), propugnada antiguamente por el Presidente Ejecutivo de Alcatel, Serge Tchuruk. Soñaba entonces con firmas que subcontraten o tercericen todas sus actividades productivas, para quedarse sólo con las actividades financieras. En esta nueva economía virtual, el capital se daba a sí mismo la ilusión de prosperar sin la intervención del trabajo[10]. Pero la realidad se ha vengado. El sueño absurdo de un capital sin trabajo, de un enriquecimiento sin causa y de una globalización beatífica, tan querida por Alain Minc, "se ha roto", confesaba Nicolas Sarkozy en su discurso del 25 septiembre de 2008 en Toulon. El sueño se convirtió en pesadilla.

Llegado el momento de pagar la factura de la *debacle* financiera, las responsabilidades se esfuman en el anonimato de un *se* impersonal; de un *social kyller* tan anónimo como las sociedades del mismo nombre: "Se taparon riesgos más grandes, creyendo que

mutualizando los riesgos, estos desaparecían. Se dejó que los bancos especularan en el mercado en vez de cumplir con su tarea. Se financió a los especuladores de mercados en vez de a los emprendedores; se dejó sin control las agencias de calificación de riesgo y los fondos especulativos de inversión y se impuso a los bancos algunas reglas contables, que no dan ninguna garantía para la gestión de riesgos", fulmina Sarkozy. Y su primer ministro le hacía eco: "el mundo está al borde de un oscuro abismo por culpa del sistema irresponsable" (Francois Fillon, 3 de octubre de 2008). Como si nada, desde hace un cuarto de siglo se han puesto muchas energías y voluntades por parte de los poderes políticos de derecha y de izquierda para dar rienda libre al capital financiero que es la esencia misma del capitalismo, y no una forma desviada de este.

"Todos quieren la competencia sin sus nefastas consecuencias. Todos quieren lo imposible: las condiciones de vida burguesa sin las consecuencias necesarias de esta condiciones...", escribía Marx a su corresponsal Annenkov.

La crisis consiste pues en "establecer por la fuerza la unión entre los momentos de producción y de consumo, cuya autonomía se promovió" pero que "son esencialmente uno".

Esta violencia es, en primer lugar, la violencia social ejercida sobre las familias que fueron echadas a la calle por no haber pagado las letras de cambio; luego los licenciamientos masivos; el cierre y relocalización de empresas; las largas colas en los comedores comunitarios; los sin techo que se mueren de frío; las pequeñas economías descuidadas y mal gestionadas. Y es a su vez criminalizar las resistencias sociales, el ascenso del estado penal en proporción inversa al estado social, la instauración de un estado de excepción que crece so capa de antiterrorismo. En definitiva, es la guerra simple y llana para acceder a los recursos energéticos; para asegurarse las vías de acceso al gas y al petróleo; para un nuevo reparto de territorios y de zonas de influencia.

La crisis actual, la crisis del presente ya no es una crisis más que se sumaría a la de los mercados asiáticos o a la de la burbuja de Internet. Es una crisis histórica –económica, social, ecológica,– de la ley del valor. Medir todo por el tiempo de trabajo abs-

tracto se ha convertido, como ya lo anunciara Marx en los *Manuscritos de 1857*, en una medida "miserable" de las relaciones sociales.

Más allá de la crisis de confianza invocada por el común de los medios periodísticos, la fe en la omnipotencia del mercado ha sido herida de muerte.

Cuando se deja de creer en lo increíble, a la crisis social se agrega una crisis de legitimidad ideológica y moral, que termina por soliviantar el orden público: "¿Puede subsistir un estado político en el que unos individuos tienen ingresos millonarios, mientras otros mueren de hambre, cuando ya no hay religión que deésentido al sacrificio con la esperanza del más allá?", preguntaba Chateaubriand en las vísperas de la revolución 1848. Y respondía proféticamente: "Traten de convencer al pobre cuando sepa leer y tenga la misma instrucción que ustedes, y no necesite fe. Traten de convencerlo para que se someta a todas las privaciones, mientras su vecino disfruta de mil cosas superfluas. Al final no tendrán más remedio que matarlo".

A la luz cegadora de la crisis, millones de oprimidos están obligados a aprender a leer.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

BRENNER, Robert, *The Economics of Global Turbulance,* Londres, Verso, 2006.

CHESNAIS, François, *La mondialisation du capital,* París, Syros, 1997.

DOCKÉS, Pierre ROSIER, Bernard, *Rythmes économiques: Crises et Changement social, une perspective historique,* París, La Découverte, 1983.

DUMÉNIL, Gérard, *Le Concept de loi économique dans Le Capital,* París, Maspero, 1978.

FARJOUN, Emmanuel y MACHOVER, Moshe, *Laws of Chaos,* Londres, LNB, 1981.

GROSSMAN, Henryk, *Das Akkummulations und Zusammenbruchgesetz des Kapitalistischen Systems,* Leipzig, Hirschfeld, 1929.

HARRIBEY, Jean Marie, *La Démence sénile du capital*, Begles, Éditions du Passant, 2002.
HUSSON, Michel, *Un pur capitalisme*, Lausanne, Page Deux, 2008.
JOHSUA, Isaac, *La Crise de 1929 et l´emergence americaine*, París, PUF, "Actuel Marx", 1999.
JOHSUA, Isaac, *La grande Crise du XXI é siécle*, París, La Découverte, 2009.
KONDRATIEFF, Nicolaï, *Les grands Cycles de la Conjoncture*, París, Economica, 1992.
LOUÇA, Francisco, *Turbulence in Economics*, Cheltenham, Edward Elgar, 1997.
MANDEL, Ernest, *Long Waves of Capitalist Development*, New York/Cambridge, Cambrigde University Press, 1980.
MANDEL, Ernest, *La Crise*, París, Flammarion, 1982.

NOTAS

1 Karl MARX, *Manuscrits de 1861-1863*, París, Éditions Sociales, 1980, pp. 17-18.

2 Karl MARX, *Manuscrits de 1857-1858*, París, Éditions Sociales, 1980, tomo I, pp. 354.

3 Karl MARX, *Théories sur la plus-value*, París, Éditions Sociales, 1976, tomo II, p. 84, 597, 608 y 612.

4 Karl MARX, *Le Capital*, París, Éditions Sociales, 1974, tomo III, p. 207.

5 La crisis de 1857 es ocasión para una toma de conciencia de la periodicidad de las crisis. En 1862 es cuando Clement Juglar publicará su libro *Les Crises commerciales et leur retour périodique en France, en Angleterre, aux États Unis*, de donde viene la noción de "ciclo de Juglar" para designar la periodicidad aproximadamente decenal del ciclo industrial. En su correspondencia con Engels, Marx trata de ligar esta periodicidad a los ritmos de renovación del capital fijo. La teoría de los ciclos u ondas largas, atribuida a Kondratieff, es bien posterior. Sobre este tema ver Ernest MANDEL, *Long Wave of Capitalist development*, New York/Cambridge , Cambridge University Press, 1980, y Pierre DOCKÉS y Bernard ROSIER, *Rythmes économiques: crises et changement social, une perspective historique*, La Découverte, París, 1983.

6 Karl MARX, *Le Capital*, op. cit., tomo III, pp. 164 y 171.

7 Karl MARX, *Le Capital*, op. cit., Libro III, tomo II, p. 71.

8 Karl MARX, *Le Capital*, op. cit., Libro III, tomo I, p. 374.

9 *Le Monde*, 25 de octubre de 2008.

10 Ver Jean Marie HARRYBEY, *"L´Enterprise sans usines ou la captation de la valeur"*, *La Démence sénile du capital*, Begles, Éditions du Passant, 2002.